

**"Electra" de Sófocles Por la Comedia Nacional****El Cumplimiento de la Justicia**

En el doloroso conflicto que propone la tragedia griega cuya sombría grandeza proviene de lo ineluctable de un destino terrible, la figura del héroe se convierte en un paradigma. En un ejemplo, una arrebatadora imagen de lo que puede alcanzar el hombre más allá de sus límites actuales. En los extremos en que lo hunde la necesidad, la ceguera o la "locura funesta" o en la exaltación de sus energías que lo arrojan por encima de nuestras vidas cotidianas, como formidable instrumento de la justicia divina o implacable defensor de la libertad frente a poderosas fuerzas adversas — sean humanas ("Antígona"), sean divinas ("Prometeo") — el héroe trágico encarna la incoercible y desafiante voluntad de forzar las dolorosas limitaciones de nuestra condición humana. Es el transgresor y la víctima. De allí el despliegue de pasiones, el desenfreno del poder, la cadena de crímenes, las venganzas sobrecogedoras, los abismos de sufrimiento, la desmesura del orgullo y la ambición o la rebeldía frente al destino y a la fuerza.

Cada tragedia implica un enfoque diferente de algunos de los grandes problemas del hombre en su relación con el destino, con los dioses y con la idea de justicia, que se manifiestan en términos de soberbia, de culpa, de desafío a las leyes humanas o divinas y de castigo, de expiación. Presenta el conflicto entre la necesidad y la libertad. Pero también fue espectáculo grandioso con cantos, recitados y danzas en un formidable ritual colectivo y público donde el hombre griego buscó una respuesta para los grandes problemas metafísicos, religiosos y morales, a partir de la experiencia humana.

"Electra" de Sófocles (496-406 a.C.) trata de la venganza de un padre asesinado por una madre soberbia y furiosa. Electra es la única que resiste ante la fuerza despótica de los criminales que usurpan el poder y pretenden permanecer impunes frente a los hombres y los dioses. Implacable representante de la justicia divina frente a las pasiones desencadenadas y culpables de quienes detentan el poder, su sola presencia es un corrosivo reproche que desafía todas las amenazas. En una doble oposición, se enfrenta también a su débil hermana Crisótemis que acepta un compromiso con los poderosos ante los que se somete "prudentemente". Los dos diálogos que enfrentan a la heroína con su hermana y su madre definen al personaje. Por su parte Orestes será el brazo de la justicia divina que restablece el equilibrio, aunque su crimen (como se ve en la tragedia de Esquilo: "Las Coéforas") parece abrir una nueva y terrible herida que despertará de nuevo la ira de las Erinias, furias vengadoras de la sangre familiar derramada.

La puesta en escena que nos presenta la Comedia Nacional bajo la dirección de Eduardo Schinca, también autor de una ajustada versión al castellano (a partir de las versiones de notables filólogos franceses como Paul Mazon y Alphonse Dain) debe enfrentar la difícil tarea de actualizar uno de los grandes textos de nuestra cultura en términos que permitan hoy el doble alcance estético y moral de la obra.

**LA TRAGEDIA GRIEGA HOY**

¿Cómo representar hoy una tragedia griega? ¿Cómo transmitir la fuerza del texto original de un modo estéticamente válido para la experiencia del hombre contemporáneo y sin que aquél pierda toda su grandeza? Como vemos el problema no es fácil de resolver y son innumerables las dificultades que se presentan: desde la resolución del coro hasta la escenografía, el vestuario, los movimientos, el tono. Si tomamos en cuenta, además, que la tragedia era el espectáculo más completo de la antigua



Grecia, que suponía cantos corales y monódicos, recitados con acompañamientos de flautas, procesiones, danzas, diálogos, grandes desplazamientos, bajo la presencia de los dioses, sin entrar en las referencias a los mitos, las leyendas, la religión, la historia, la concepción misma del hombre en la ciudad, del destino de la vida y de la muerte, entenderemos la importancia de este esfuerzo de nuestro elenco mayor.

La puesta en escena de Eduardo Schinca, elige el tono contenido, el control de los desbordes, en una cuidadosa reconstrucción de los diferentes elementos del espectáculo y una gran fidelidad al texto (salvo algunos detalles, como el anillo de Agamemón que permite, en el original, la anagnórisis o reconocimiento de Orestes por su hermana). Pero este enfoque — que es una interpretación — a pesar de sus aciertos formales debilita las posibilidades de identificación del espectador, restringe la intensidad emocional de la tragedia y sus efectos catárticos. Sin caer en el extremo de la reconstrucción arqueológica o del academicismo falta en el presente enfoque el estallido ritual de la violencia, de la desmesura y su castigo, que debían producir en el espectador a través del espanto y la conmiseración la "catarsis" de la que hablaba Aristóteles.

**EFFECTO ALGO RIGIDO**

Uno de los elementos claves del espectáculo, verdadero eje de la tragedia, es el coro que interpreta y expresa, sobre todo a través del canto y la danza en los intermedios líricos, la situación emocional del héroe, su conflicto, su dolor, como amplificador del "pathos" de la acción. En este caso el coro está compuesto por las hijas de los nobles de Micenas, amigas de Electra. Schinca reduce el número de sus integrantes a nueve coreutas que cantan o dicen en grupo o dividiéndose en varios subgrupos, con cuidadosos desplazamientos y gestos de buen efecto visual, aunque el efecto de conjunto resulta algo rígido.

La música de Renée Pietrafesa, en cambio, es admirable y realza magníficamente las intervenciones del coro,

con un sabio uso de las voces, la flauta, las cuerdas, sea como apoyatura del texto o en la creación de climas. Es un acierto aquí la introducción de algunas palabras griegas cantadas que producen un efecto eufónico, contribuyendo a conjurar la presencia del texto original, sin caer en exageraciones. Del mismo modo están perfectamente reguladas las intervenciones monódicas, la incorporación progresiva de voces, los esbozos de canon, las repeticiones y los ecos, que revelan la maestría de la compositora.

Claudio Goeckler nos propone una escenografía que alude al poderío de los Atridas a través de monumentales contrafuertes que producen un efecto interesante aunque su funcionalidad escénica tiene algunos inconvenientes ya que restringe las evoluciones del coro y no responde exactamente a las necesidades de la acción que implica varias salidas y entradas de los personajes al "palacio" cuyo acceso no queda claro.

Del mismo Goeckler es el vestuario que busca crear en primer lugar un contraste violento entre el despojamiento de Electra, Orestes, Pilades y el Preceptor, con respecto a las opulencias de las vestimentas de Egisto, Clitemnestra y en parte de Crisótemis como correlato visual de otros contrastes entre quienes detentan el poder y quienes lo reclaman justamente. Por otra parte ante la dificultad de elegir un vestuario correspondiente a la época en que se desarrolla la acción (Micénica), la del autor (siglo V en Atenas) y nuestra época contemporánea, opta por el primero con recargamiento buscado. No resulta tan eficaz, en cambio, la indumentaria del coro que contribuye con sus abundantes telas y mantos al hieratismo mencionado.

Con excelentes resultados, Carlos Torres, distribuye y regula las luces obteniendo algunos efectos excelentes como la creación inicial de una vaga luminosidad en medio de la niebla del amanecer, donde los personajes surgen como sombras emergiendo del pasado y desde la lejanía, para llegar a esta tierra de Argos y de Micenas, donde Orestes vuelve para cumplir su venganza. O la aparición de Clitemnestra toda de negro y con un rostro intensamente blanco e iluminado, que permanece flotando en medio de las sombras, para interpelar a Electra, después de la intervención del coro.

**LA INTENSIDAD DE ESTELA MEDINA**

En cuanto a los actores, Estela Medina obtiene momentos de gran intensidad, en un papel que recorre con toda la riqueza de sus recursos. En la ferocidad de su rebeldía, las sombrías amenazas de los desgarramientos del dolor, la formidable actriz, a través del timbre de su voz, de un perfecto dominio de su cuerpo y gestos, alcanza un grado de gran autenticidad, dentro del enfoque de la dirección que busca evitar los excesos y el desborde de la emoción.

Delfi Galbiati resulta adecuado como Orestes sobre todo en la escena del reconocimiento con su hermana. A su lado Claudio Solari, como el Preceptor tiene algunas debilidades aunque por momentos vuelve a mostrar la magnitud de su talento en el relato de la carrera de carros. Marina Sauchencho como Clitemnestra sabe reflejar la implacable ferocidad de su carácter, aunque sus arranques son a veces algo exteriores. Susana Bres por su parte nos ofrece a la suave Crisótemis con un exceso de rigidez, aunque es adecuada en general, del mismo modo que Juan Carlos Worobiov en el papel menos exigente de Egisto.

Roger Mirza